



PulsO



Órgano informativo del CCH Naucalpan, número especial, junio de 2022

Secretaría General - Departamento de Comunicación

Maestro Javier Soto Pérez

Profesor fundador del Área de Matemáticas



DIRECTORIO

UNAM

Dr. Enrique L. Graue Wiechers

Rector

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

Secretario General

Dr. Luis Álvarez Icaza Longoria

Secretario Administrativo

Dra. Patricia Dolores Dávila Aranda

Secretaria de Desarrollo Institucional

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo

Secretario de Prevención, Atención
y Seguridad Universitaria

Dr. Alfredo Sánchez Castañeda

Abogado General

Mtro. Néstor Martínez Cristo

Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director General

Mtra. Silvia Velasco Ruiz

Secretaria General

PLANTEL NAUCALPAN

Mtro. Keshava R. Quintanar Cano

Director

Mtra. Verónica Berenice Ruiz Melgarejo

Secretaria General

Mtra. Teresa Sánchez Serrano

Secretaria Administrativa

Ing. Damián Feltrín Rodríguez

Secretario Académico

Mtra. Angélica Garcilazo Galnares

Secretaria Docente

Biól. Guadalupe Hurtado García

Secretaria de Servicios Estudiantiles

Mtro. Miguel Ángel Zamora Calderilla

Secretario de Apoyo al Aprendizaje y Cómputo

Lic. Mireya Adriana Cruz Reséndiz

Secretaria de Atención a la Comunidad

Lic. Isaac Hernán Hernández Hernández

Secretario de Arte y Cultura

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez

Secretaria de Administración Escolar

Ing. Carmen Tenorio Chávez

Secretaria Técnica del Siladín

Lic. Reyna I. Valencia López

Coord. de Gestión y Planeación

Mtra. María Guadalupe Peña Tapia

Jefa de la Oficina Jurídica

DEPARTAMENTO DE COMUNICACIÓN

Lic. Erika Yosselin Neri Mayoral

Jefa del Departamento de Comunicación
y Medios Digitales

Lic. Miguel Ángel Muñoz Ramírez

Diseñador Gráfico

Lic. José Alberto Hernández Luna

Corrector de Estilo

Lic. Fernando Velázquez Gallo

Fotografía

Lic. Isabel Alcántara Carbajal

Reportera

Lic. Fernanda González Mejía

Community Manager

C. Mariela Samanta Padrón Ramírez

Apoyo a Proyectos



PRESENTACIÓN

El nacimiento del Colegio de Ciencias y Humanidades, en el año de 1971, conllevó un proceso cuyo origen parece ser la convicción de que el bachillerato tradicional había sido rebasado por la realidad de nuestro país, en específico de la Ciudad de México y la zona metropolitana. Dichos cambios tenían que ver, por lo menos, con el incremento de la juventud y una nueva conformación social, a los cuales buscaban responder nuevas corrientes pedagógicas. ¿Cómo se vivía aquello? ¿Qué significaba la voluntad de *aprender a aprender* tal como se pedía desde la misma UNESCO? Gran parte de las respuestas se halla en el “Corrido del CCH”, compuesto en 1996 por el maestro fundador del plantel Naucalpan, Javier Pérez Soto, con motivo del 25 aniversario. Además, el docente, egresado de la Escuela Nacional Preparatoria, a través de memorias y entrevistas, nos comparte los avatares de lo que implicaba un distanciamiento de la figura de autoridad, de las aulas cerradas, la “vestimenta correcta” o de los antiguos programas de enseñanza emprendido por el Colegio, tal como a él le tocó vivir en los primeros años. Por lo anterior, en *Pulso* celebramos la aparición de este número especial enfocado en el maestro Pérez Soto. ☺



<http://www.cch-naucalpan.unam.mx/V2018/pulsop>



Pulso CCH Naucalpan



pulso@cch.unam.mx



@pulsocchn



Pulso TV



@pulsocchn



@pulsocchn

Pulso se reserva el derecho a publicar las colaboraciones recibidas en el número que considere adecuado. Pulso aparece todos los martes publicado por el Departamento de Comunicación del Colegio de Ciencias y Humanidades Naucalpan, y sirve como medio de difusión. Los artículos e imágenes aquí contenidos son responsabilidad de sus autores. La impresión se realiza en los talleres del Colegio de Ciencias y Humanidades Naucalpan. Calzada de los Remedios número 10, colonia Los Remedios, Naucalpan, Estado de México, CP 53400.

Semblanza del Maestro Javier Soto Pérez

Como no soy capaz de escribir mi semblanza en unas cuantas líneas, he decidido apuntar los datos que sirvan a mis lectores para identificarme, por lo cual ofreceré una sucinta descripción de mi trayectoria académica dentro y fuera de la Universidad. Quiero empezar diciendo que soy profesor jubilado desde el 1° de enero del 2003. De profesión soy Actuario, egresado de la Facultad de Ciencias de la UNAM y con estudios de Maestría en Educación por la Universidad Iberoamericana. Dentro de mis actividades como docente a nivel superior destaco la impartición de las materias Análisis Demográfico, Estadística y Muestreo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, y de Matemáticas Financieras en la Facultad de Contaduría y Administración. A su vez, he participado en la administración pública federal, esto como Analista en el Departamento de Estadísticas Continuas de la Secretaría de Agricultura y Ganadería; como Asesor en estadística en la Secretaría de Comunicaciones y Transportes; y como juez de los instrumentos de la carrera magisterial en la Secretaría de Educación Pública.

Mi relación con el CCH es mucha: soy uno de sus maestros fundadores, impartiendo las asignaturas de Matemáticas I a VI y Estadística en el plantel Naucalpan. He de decir que, en lo general, fui autor del Programa y Guía de la asignatura de Estadística, y participé activamente en los cuerpos colegiados, siendo Miembro de la Comisión Dictaminadora y del Consejo Académico. A su vez, fui ponente organizador de muchos eventos académicos de mi Área (Matemáticas), y escribí algunos artículos en la revista *Cuadernos del Colegio* y otras publicaciones de la Universidad. En esa misma línea, fui coautor de tres cuadernos auxiliares para la investigación científica, editados por la Seplan (Secretaría de Planeación) y promotor de nuevos planes de estudio en el Área de Matemáticas del CCH. Por lo anterior puede explicarse que haya sido miembro de la Comisión Auxiliar Editorial del Colegio. Resalto que fui elegido como Delegado al Congreso Universitario en el año de 1990. No menos importante que lo anterior es el que haya resultado ganador del Concurso Corrido por los 50 años del Colegio, con la composición Corrido de la Fundación del CCH, el cual se va a compartir en estas páginas.

Por último, quiero decir que como jubilado no me he apartado de mis pasiones, pues sigo estudiando la aplicación de la Probabilidad en los Juegos de Azar. ☺





Entrevista al Maestro Javier Soto Pérez



Alberto Hernández

En 1996, con motivo de su 25 aniversario, el Colegio de Ciencias y Humanidades sacó una convocatoria en la que invitaba a componer un corrido conmemorativo. El ganador de dicho certamen fue el profesor de CCH Naucalpan, Javier Soto Pérez. En esta breve entrevista, el docente, jubilado desde el año 2003, nos comparte algunos recuerdos y pormenores que influyeron en la versión final de su composición.

¿Por qué decidió participar en la convocatoria?

Yo no la había visto, pero como estaba en el Consejo Académico, un día nos visitó un profesor de CCH Azcapotzalco, quien me dijo “Oye, Javier, tú puedes hacer el corrido”, porque como estuve mucho tiempo en el Consejo, me conocían: yo solía componer unas rimas como de chiste, que publicaba en distintos lugares. Fui a buscar la *Gaceta* para revisar la convocatoria, y me puse a hacer el corrido. Gané el primer lugar y, a la mera hora, me salieron con que lo debía cantar. Yo dije “¿y ahora cómo le hago?” Pensé en López Tarso, quien recitaba los corridos o los cantaba. Ésa fue mi clave. Entonces pregunté a mi hijo, a quien le gusta la música, si se podía cantarlo. Él se empeñó. Le dieron permiso en su escuela para usar el equipo; y salió una grabación que nos salvó del aprieto. Quedó en un casete.

¿Cómo se determinó la extensión?

Se me ocurrió. Cuando entré al CCH no sabía por qué era como era. Yo venía de la Facultad de Ciencias y de la Prepa 3, en San Ildefonso. El primer día vi a mis colegas vestidos de forma desaliñada y desconocía el motivo; no creía que fueran mis compañeros. Por aquel entonces también acababa de entrar a un trabajo formal donde me exigían buena presentación, es decir, de traje, corbata, bien alineado. Para desgracia mía trabajaba en estadística, donde debía sacar un nombre común de las cosas, es decir, algo que unificara la variedad de nombres que se le dan a una misma cosa en distintos países, como en el caso de los toros, por ejemplo; debía homogeneizar. Laboraba en la UNESCO y debía ir bien vestido para que me dejaran entrar, lo contrario a CCH, donde no me dejaban entrar si venía bien vestido. Recuerdo que me dije “Voy a alquilar un *locker* en la cruz roja, y ahí me pondré mis chanclas para llegar menos formal”. Fui empezando a entender. Por ejemplo, me di cuenta de que el programa que nos habían puesto en Matemáticas era muy difícil y no se podía enseñar como a mí me habían enseñado.

Debo decir que para entender la nueva realidad me sirvió de mucho la maestría en Educación que hice en la Universidad Iberoamericana. Ahí empecé a enterarme de la crisis de la educación, la cual habría tenido su origen en la década de los 60. De ahí surgió la propuesta de la UNESCO, en un libro que se llama *Aprender a ser*, el cual ya era muy conocido por Don Pablo González Casanova, quien tenía a gente investigando el tema. El CCH no era sólo bachillerato, tenía licenciatura, maestría y doctorado; era un sistema completo. Entonces descubrí que si queríamos acabar con el viejo sistema había que echarlo abajo, acabar con la sacralización que había. Los valores antiguos perdían peso, como el hecho de llegar vestido como te gustara.

Antes de estudiar la maestría, yo ya había leído los documentos fundacionales del CCH, en los cuales participaron cuatro facultades: Ciencias, Filosofía y Letras, Química y Ciencias Políticas y Sociales. Cada director sacaba su opinión, pero yo no entendía. Estudié por mi cuenta y en 1983 se abre la maestría, y me metí. Ahí nos hicieron leer libros sobre la crisis educativa, sobre el hecho de que la educación anterior era una manera de enmascarar la opresión del pasado. El CCH buscaba transformar la sociedad; había que infundir en los alumnos la sed de transformación: no la obediencia, sino la reflexión y la autonomía.

Así, pues, ensamblé el corrido con los principios del CCH: *aprender a aprender*: no se puede llegar hasta arriba sin ir por los escalones. *Aprender a hacer*, porque muchas veces nos quedábamos con la teoría y no sabíamos hacer (y la vida requiere aprender a hacer). Y, por último, *Aprender a ser*, porque dicen los filósofos y pedagogos que el hombre es incompleto cuando nace: se debe uno ir formando, toda la vida está uno aprendiendo para llegar a ser. Si bien es cierto que lo fundamental es aprender a aprender, el problema es que para ese primer paso debemos tener claro a dónde queremos llegar, qué es lo que quiero aprender, lo cual llega ser todo un problema.

Ahora bien, lo anterior es la parte teórica, ya en el grupo al que nos enfrentamos a veces no es suficiente, por ejemplo, contar con el programa, pues ése no lo hicieron los maestros: la realidad suele ser distinta. Los pedagogos recomendaban cosas, pero ellos nunca habían visto a un alumno. No sé cómo sea ahora, pero entonces nos tocó una etapa difícil: había drogadictos, pandilleros, había mucha gente. Además, el gobierno tenía sus espías; era muy difícil, de ahí que los consejos no fueran tan efectivos. Creo yo que aprendí más de lo que enseñé.

¿Cómo llega un maestro de Matemáticas a la escritura?

Yo creo que ya lo traía. Yo nací en un pueblo muy pobre en el estado de Hidalgo, de unos 1,500 habitantes. Me crié en el campo, con gente muy pobre. Por fortuna mi familia contaba con ciertos recursos y me mandaron a estudiar, me apuntaron a la Escuela Nacional de Maestros, donde presenté mi examen y me quedé. Ahí conocí a Genaro Vázquez, de quien me interesó su trayectoria y casi lo hice mi padrino. Y luego,



su cuñado era el presidente del internado de la Normal y tenían un periódico, en el cual me invitaron a escribir. Ahí hice muchas calaveras. También tuve la fortuna de conocer a un amigo que, cuando Echeverría compró los periódicos del país, fue el interventor. Yo le daba clases a él y a los hijos de Moya Palencia. Me empezaron a guiar sobre la lectura. Les dije que me quería escribir sobre los temas del Colegio, y así fue; deben andar varios artículos, en específico en *Excelsior*. Por ello mi corrido lo enfoco con el campo, donde viví y crecí.

¿Qué siente al ver de nueva cuenta su plantel?

El plantel está muy bonito, muy padre. No pensé que estuviera tan bonito y limpio. Hay una transformación. Aquí en el centro de Cómputo era el revolcadero uno. Yo creo que es el plantel más bonito, digo, no he visitado el Sur últimamente, pero aquí la vegetación es más variada, mientras que allá es más de roca y desértico. El proyecto del CCH tiene futuro, aunque el reto ahora será cómo impulsar la enseñanza presencial, porque actualmente ya te enseñan por medio de Zoom, tienes que demostrar que la enseñanza humana es más ventajosa. Por ejemplo, en Brasil un empresario le dijo al presidente que él le daba educación a todo el país, y a través de Zoom puso unos programas que parecen saber más que los profesores. Nos toca demostrar que lo presencial es más significativo y preparar a nuestros estudiantes para las nuevas realidades: hoy los alumnos deben aprender a discriminar temas como las *fake news*, y muchos otros. ☺



Avatares de mis primeros años en el CCH Naucalpan



Javier Soto Pérez

La Universidad, además de ser un centro dedicado a la docencia, la investigación y la divulgación, encarna históricamente la libertad de pensamiento en el país.

Juan Benito Artigas

Azar y necesidad en mi arribo al CCH

Considero a la vida un juego de azar porque he observado que las mismas aspiraciones, los mismos trabajos y los mismos esfuerzos no producen los mismos frutos: lo que acontece en nuestra existencia es sólo un resultado entre tantos sucesos posibles.

El no saber por qué soy lo que soy me fuerza a proclamarme hijo del azar: simple resultado aleatorio. El azar, por ejemplo, decidió que yo fuera maestro. Yo no estudié para maestro, ni lo deseaba, pero las circunstancias me obligaron a serlo.

Yo deseaba terminar mis estudios de licenciatura y desde luego ocuparme en actividades relacionadas con ciertas asignaturas de mi carrera. Esto lo pensaba sin tomar en cuenta que para lograr este propósito necesitaba magníficas relaciones, sólidos conocimientos y, por lo menos, tres años de experiencia. Estos requisitos necesarios que entonces ignoraba sólo los descubrí cuando me enfrenté al mercado de trabajo: cruda realidad que me obligó a posponer mis ambiciones, a reforzar mis conocimientos y, me enseñó a esperar con resignación las oportunidades de la vida, pues “El que espera desespera”, reza una vieja sentencia popular.

Para enfrentar mi realidad, no sólo necesitaba la paciencia de Job, ni la filosofía de Siddharta de Hermann Hesse. Necesitaba, además, recursos económicos para sobrevivir. Este apremio me empujó a trabajar en lo que nunca había pensado.

Para entender la vida y disipar las penas que resultaban del desengaño entre mis sueños y la realidad solía deambular por el solitario Camino Verde de Ciudad Universitaria. Una ocasión, cuando taciturno vagaba por esa senda inolvidable, tropecé con un viejo amigo, que el azar me mandó para proponerme impartir la clase de Análisis Demográfico, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

El impacto que provocó esta modesta oferta, comparada con mis elevadas pretensiones, generó una respuesta espontánea negativa de mi parte. Desde luego, respondí: “demografía es lo que menos sé”. Mi maestro de esa materia era el más ignorante, el más irresponsable y barco: todos obtuvimos excelente calificación, sin saber cosa alguna de la materia.

Cuando desgranaba estos y otros argumentos de mi negativa, mis tripas con severos gruñidos acallaban mis razones. A pocos días de este suceso, en aquel verde paraje, empezaron mis tribulaciones: estudiar cinco horas demografía para poder enseñar 50 minutos.

Pasó el tiempo... Ya resignado a esta misión que el azar me confirió, me enrolé como profesor en la Facultad de Comercio y Administración, y en otras facultades de la UNAM, para enseñar: Matemáticas Financieras, Estadística y Muestreo.

La vida siguió su curso, monótona y rutinaria, pero una fresca madrugada del mes de febrero de 1971, cuando apenas el invierno empezaba a plegar su manto melancólico y frío, caminando sin motivo por el áspero empedrado gris que comunica a la Facultad de Ciencias Químicas con la Facultad de Ciencias, sin pensar detuve mi andar al pie de la majestuosa Torre de Ciencias, frente a la tranquila fuente de Prometeo. Sin razón explicable, e instintivamente, conduje mis pasos hacia la Facultad de Ciencias. Apenas traspuse el umbral de la entrada cuando topé con varios amigos y colegas que de inmediato me invitaron a seguirlos hacia la sala de la biblioteca, para darme una noticia. Entramos a ese recinto de estudio y convivencia y, allí, alguno de mis compañeros –no recuerdo quién-, sacó de su portafolios una *Gaceta Amarilla*, publicada por la Rectoría de la UNAM que anunciaba la creación del Colegio de Ciencias y Humanidades.

Cántanos, vate, la historia
del célebre nacimiento,
remonta nuestra memoria
al orto de aquellos tiempos.

Cuenta, juglar, en tu trova,
de una manera sencilla,
lo que escribió Casanova
en la Gaceta Amarilla.

Tradición y afanes de cambio

Un examen de selección y un curso de orientación fueron los únicos requisitos para poder unirme al CCH por tiempo indefinido. El proyecto educativo del Colegio inició, simultáneamente, en tres planteles: Azcapotzalco, Naucalpan y Vallejo. No sé cuáles fueron los motivos que me impulsaron a preferir el Plantel Naucalpan.

Las declaraciones de los señores directores de la Facultad de Ciencias, de Filosofía, de Ciencias Químicas y Ciencias Políticas, sobre los propósitos académicos de la nueva institución, y las orientaciones pedagógicas recibidas en el curso de admisión llenaron mi cabeza de dudas, curiosidad y optimismo, de tal manera que, el 12 de abril de 1971 –primer día de clases–, antes del amanecer, salté del lecho para encaminarme al Pueblo de Tacuba, donde abordé el camión trompudo y maltrecho que más me pudo acercar al Plantel Naucalpan.



Durante 30 ó 40 minutos, aquel camión viejo repleto de estudiantes, empleados y maestros anduvo con ruidos ronc y zumbidos dando tumbos por los baches de las ruinosas calles mexiquenses para acercarnos a nuestro destino.

Cuando descendimos del *chimeco* todavía tuvimos que escalar una brecha empinada, abrupta y polvorienta para alcanzar la entrada de la escuela. Apenas franquéé la verja del Plantel, miré al maestro Renero –nuestro director– haciendo caravanas y esbozando sonrisas en señal de bienvenida.

Como el párvulo que llega al kínder por vez primera, así fue mi sorpresa aquel día 12 de abril de 1971 cuando pisé el Colegio.

Siguiendo el camino de algunos profesores penetré a la sala de la administración del Plantel; allí admirado quedé al ver la facha de muchos de mis compañeros maestros: luengas e hirsutas barbas, melenas largas, abundantes y enmarañadas y, auténticos ropajes de seres humanos muertos de hambre.

Indeleble vive en mi memoria un detalle ocurrido aquel luminoso día: la maestra Aída Palazuelos -subdirectora de la escuela- tranquilamente platicaba con nosotros en la oficina, cuando de súbito, alarmada exclamó: ¡Ave María Purísima!, ¡Jesús hijo de David!, ¡Santo Niño de Atocha!, etc. Toda esta retahíla de jaculatorias sólo porque vio a la profesora Miriam, del Área de Matemáticas, cuando se inclinó para firmar la lista de asistencia y entonces nos permitió mirar sus exuberantes bellezas naturales más allá de la bastilla de su atrevida minifalda.

Este incidente agradable y gracioso lo interpreté como el preámbulo de una lucha entre lo viejo y lo nuevo. Feliz por aquel inicio, retozando me encaminé al salón de clase.



Transcurrieron los primeros días del Colegio entre reuniones académicas y conflictos con los alumnos *porros*. Las cotidianas amenazas y agresiones de estos grupos violentos ponían en jaque a la comunidad. Este asecho nos obligaba a juntarnos para protegernos y desbaratar sus aviesas intenciones.

Las asambleas eran los medios para acordar las estrategias de nuestra ofensiva y defensa. En estas asambleas atraían mi atención los discursos vehementes salpicados de palabras altisonantes que hoy son de uso corriente, pero en 1971 se las consideraba como propias de los tunantes.

Yo, anacrónico, educado en la vieja escuela, donde los discípulos debíamos aprender el lenguaje de los maestros para enriquecer nuestro vocabulario; ahora, como profesor debía entender el argot de los estudiantes y de algunos maestros.

Pasaban los días sin que pudiera adaptarme a esa vida nueva del Colegio.

Más que las fachas y el lenguaje, pronto empezó a incomodarme la actitud de una camarilla de maestros de mi área que se erigieron en paradigmas y adalides de la educación activa que proclamaba el Colegio y, por ende, se creían con autoridad para imponer y enjuiciar a todos aquellos profesores que no seguían sus recomendaciones: discursos políticos en el salón de clase en lugar de clases y otras acciones proselitistas – actividades ajenas a nuestros propósitos académicos.

Con cantinelas, con grillas y *rollos* trillados no pocos profesores irresponsables, e ignorantes en su materia, suplían sus obligaciones académicas. Me indignaba profundamente

la acción de los maestros proclives a la verborrea, enemigos acérrimos de la academia y la disciplina, que imponían su ley mediante asambleas que ellos cínicamente manipulaban.

A pesar de este grave malestar, deseaba y necesitaba vivir en armonía con los maestros caciques, no sólo para mermar sus asechanzas sino, también, para manifestar mi protesta social que ellos religiosamente enarbolaban.

Con la intención de iniciar esta convivencia, un día decidí identificarme con ellos, adoptando el estilo de su vestimenta. Mi decisión rotunda fue: mudar de hábito. Esto es, enfundarme en el traje típico *cecehachero*. Con esta idea en la cabeza me empeñé en buscar y diseñar los harapos necesarios de mi atuendo.

Cuando terminó el primer semestre académico ya tenía listos los guiñapos y aderezos de mi disfraz. Ya sentía verme como mis compañeros maestros millonarios vestidos de pordioseros; pero el azar nunca se ha tentado el corazón para desbaratar mis planes. Una tarde veraniega, sentado a la mesa de un célebre Café del Centro Histórico, me enteré, por boca de un amigo que ya no existe, de una oportunidad para trabajar en estadística y muestreo en la Secretaría de Agricultura y Ganadería.

Desde luego acudí para saber los requisitos de la vacante. La aprobación de un examen de estadística y muestreo y una buena presentación fueron las únicas exigencias que cumplí para incorporarme a esa dependencia.

Iniciaba el segundo semestre del CCH y ya estaba comprometido a vestir de traje. Esta circunstancia me obligó a refundir mi hábito de limosnero ya listo. A partir de entonces el saco y la corbata fueron el *blanco* de mis compañeros maestros adinerados disfrazados de parias.

Me agradaba del Colegio el ambiente de discusión, de crítica, de protesta contra lo establecido y lo impuesto, porque éste era compatible con mi temperamento rebelde. Estaba convencido que el CCH debía ser una institución innovadora, pero también me inquietaba la conducta de muchos profesores líderes que deseaban erigirlo derrumbando todo lo viejo, sólo por ser viejo.

Nunca me ha espantado lo nuevo. Detestaba mucho de lo establecido, pero también amaba profundamente mucho de lo viejo. No me fue fácil transitar de la educación tradicional a la educación que demandaba el Colegio de Ciencias y Humanidades. Mi fortaleza, en el grupo, fueron la educación, la cultura y el conocimiento adquiridos en la Universidad de aquel tiempo y la poca experiencia como profesor en las aulas universitarias.

Es cierto: criticaba la enseñanza que había padecido en la Facultad de Ciencias, pero, a su vez, glorificaba su exigencia y su rigor académicos. Además de esta idea, todavía seguía vinculado al ambiente y la belleza de mi Facultad y de la comodidad y el paisaje de Ciudad Universitaria. Es más, me alimentaba el saber abrevado en las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria.

El precedente de la Escuela Nacional Preparatoria

Cuando ingresé a la Universidad todavía las preparatorias se alojaban en el Centro Histórico de la Ciudad de México. El Antiguo Colegio de San Ildefonso era la residencia de la escuela preparatoria donde estudié.

El ambiente académico, político y cultural de la Preparatoria; la tradición histórica de aquel recinto educativo, la impresionante arquitectura de su edificio que guarda y ostenta incomparables obras de arte, causaron en mi ánimo joven una admiración y aprecio que en todo el tiempo me han confortado.

Siempre me emocionaban los paseos rutinarios, como estudiante, por aquellos patios y corredores de la vetusta construcción llena de historia –otrora recinto y refugio de hombres sabios que consagraron sus vidas al estudio de la historia, la ciencia, las letras y la filosofía–: viejo arcón repleto de memorias célebres; testigo mudo del pensamiento de preclaras mentes y privilegiados genios.

No me es posible borrar de mi memoria el embrujo que me imponían sus tetricos pasillos, sus altas y sombrías bóvedas, sus arcos y pilares majestuosos y sus macizas baldosas que tapizaban escalinatas, patios y pasillos.

Aún escucho, cuando recuerdo –como antaño–, los ecos de las voces muertas de insignes maestros e ínclitos discípulos, que retumbaban en sus añejos muros.

El Colegio de Ciencias y Humanidades y la Escuela Nacional Preparatoria

Yo, un hijo de la escuela tradicional, llegué al CCH –un flamante edificio de una escuela nueva– en 1971. Triste me puse un día del mes de junio de ese año, cuando observé con detalle el retoño de la UNAM: salones como cajas, como vitrinas, tapadas con lozas de concreto; edificios sembrados sin ton ni son en un amplio y rústico solar; arquitectura versátil, adaptable al gusto, al capricho del mandamás en turno y, ¡el colmo!, plagado de mentores irreverentes de nuestra herencia cultural, mesiánicos incontrolables.

¿Cómo proceder ante mi resistencia a dejar atrás el bagaje tradicional adquirido con tanto esfuerzo? Sólo una razón y un ideal me ayudaron a superar esta ruptura: la razón del ser del CCH y el ideal de sus objetivos. “El CCH será un órgano de innovación permanente”, escribió don Pablo González Casanova en la *Gaceta Amarilla*. Las primeras dudas que brotaron en mi pensamiento por esta declaración fueron: ¿La educación que imparte la Universidad ya no satisface las demandas de la sociedad? ¿Cuál será la enseñanza nueva que pretende la Universidad con el CCH? Lo obsoleto y lo inútil es lo que no lleva a nuestros propósitos –pensé. Pero... ¿cuáles son nuestros propósitos? Esto es: ¿qué tipo de profesionistas desea formar la UNAM?

Si supiera contestar a esta última pregunta –me dije– ya podría pensar en qué se debe enseñar y cómo se debe enseñar. Para liberarme de estas dudas que me inquietaban resolví ocuparme un tiempo al estudio de la educación. En este afán,



me enteré de que la escuela estaba en el banquillo de los acusados, se la ponía en tela de juicio y se la consideraba como una pieza inútil para promover el cambio social. Cuando me adentré en la crisis de la educación y en las propuestas de los expertos para combatirla, entonces, descubrí que el plan educativo del Colegio era, en esencia, la propuesta de un grupo de investigadores notables de la UNESCO que habían estudiado la crisis de la educación.

En la concepción nueva de la educación se derrumban los valores que hasta entonces eran inobjectables. Los saberes excelsos, las vidas ejemplares y la cultura que la escuela tradicional inculca y exalta ya no son paradigmas, porque este saber, estos arquetipos sociales y esta cultura son meros señuelos para los desheredados: cribas sutiles disfrazadas de oportunidades, instrumentos eficaces para preservar los privilegios y reproducir las sociedades injustas.

Si la escuela tradicional trata de educar a los ciudadanos para que se adapten a una sociedad “perfecta”, el CCH debe educar a sus estudiantes no para que se adapten a la sociedad injusta, sino para que la cambien y la hagan justa.

Sólo cuando conocí los motivos de la nueva educación, pude comprender la conducta de los maestros conscientes, que con actitudes diversas se negaron a aceptar lo establecido y también a pregonar los valores que servían para perpetuar a la sociedad actual. ☺

Javier Soto Pérez



Corrido del Colegio de Ciencias y Humanidades



Allá en los años sesenta
se comenzó a develar
la falsa cara que ostenta
la educación escolar

Por los letrados supimos
cómo la escuela domeña
y el papel que desempeña
en la inercia en que vivimos

La escuela -entonces- se dijo:
sirve para perpetuar
los privilegios del rico,
la ruda desigualdad

Esta fatal advertencia
alertó nuestra razón
y sepultó la creencia
en la falsa institución

Sin credo, sin esperanza
-casi a tientas caminamos-
hasta el día que columbramos
una luz en lontananza

Fue el año setenta y uno
cuando vimos esa flama
cundiendo en el cielo bruno,
despejando el panorama:

Apareció en el oriente,
el primero de febrero,
una estrella refulgente
que alumbró nuestro sendero:

en la tímida alborada
fue dorando los alcores
y la campiña opacada
la cubrió de mil colores.

Con las notas de un arpegio
que inundó las vastedades
fue apareciendo el Colegio
de Ciencias y Humanidades

Y entre las suaves fragancias
de los jardines de abril
retoñó nuestra esperanza
su magnífico perfil

¡Cántanos, vate, la historia
del célebre nacimiento!
¡Remonta nuestra memoria
al orto de aquellos tiempos!

Cuenta, juglar, en tu trova
de una manera sencilla
lo que escribió Casanova
en la Gaceta Amarilla

¡Pongan atención, señores,
a lo que dice el poeta!
-él dará los pormenores
de la célebre Gaceta:

Calidad en formación
para muchos mexicanos
será el quehacer cotidiano
de la nueva institución.

Dijo muy claro el rector
-escuche toda la gente-
"será el colegio un motor
de innovación permanente"

Educar para cambiar
y abolir los privilegios
de la inicua sociedad
son preceptos del Colegio



Aura que avanzas serena
ve anunciando en tu camino
los objetivos y lemas
que orientan nuestro destino

frases breves y elocuentes
que resumen la razón
de esenciales ingredientes
de la nueva educación:

El avance de la ciencia
arrumba pronto el saber,
el Aprender a Aprender
evita la obsolescencia

Para enfrentarse a la vida
no basta sólo saber,
la realidad nos obliga:
saber y Saber Hacer

El hombre es ser incompleto
al momento de nacer:
ser en ciernes, débil ser,
Ser que aprende para ser.

El instinto de ser
nos impele, nos obliga
a aprender desde el nacer,
a aprender toda la vida.

En pos de este destino
con el ánimo febril
una mañana de abril
nos hicimos al camino

Cuando a tuestas caminaba
a la deriva, y sin tino,
le pregunté a un peregrino
por la senda que buscaba

Una voz de lejos vino
a mi duda a contestar:
“Caminante no hay camino
se hace camino al andar”

Entre oscuros vericuetos
e intrincados andurriales
avanzamos a las metas
con la luz de los ideales

¡Empresa para idealistas
y rebeldes soñadores!
Blanco eterno de elitistas
y castas conservadoras

“Será el Colegio un motor
de innovación permanente”
Este precepto presente
me pone en este tenor:

La fatiga natural
o, tal vez mis años viejos
me hacen sentirme más lejos
del faro de nuestro ideal

Nuestros caros objetivos
van muriendo en la memoria
refundiéndose en la Historia
avanzando hacia el olvido

-Ideal que el tiempo destruye
y desvanece en la mente
como una sombra que huye
y se aleja eternamente

El lejano nacimiento
me causa melancolía,
el ideal en agonía
inquieta mi pensamiento

¡Canta Cenzontle en tu nido
con las notas del mariachi
cuando cante al CCH
los versos de este corrido! ☺





Maestro Javier Soto Pérez